

LEVI ROACH



# NORMANDOS



LOS VIKINGOS  
QUE CREARON EUROPA

CRÍTICA

LEVI ROACH

# Normandos

Los vikingos que crearon Europa



Traducción castellana de  
Yolanda Fontal

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2023

*Normandos. Los vikingos que crearon Europa*  
Levi Roach

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Empires of the Normans. Makers of Europe, Conquerors of Asia*

© Levi Roach, 2022

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2023

© de los mapas, Rosie Collins

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-492-3

Depósito legal: B. 1.266-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex



## Los comienzos: hombres extraños de una tierra extraña, el bajo Sena, *c.* 911-942

Dos ejércitos se enfrentaron a ambos lados del río Epte, en el norte de Francia. El ambiente era tenso. En una orilla se encontraba la corte del rey francés (o franco-occidental) Carlos el Simple, que contaba con la ayuda de su principal magnate Roberto de Neustria. En la otra estaban desplegadas las huestes de Rollo, el saqueador vikingo que se había convertido en un incordio en el Sena en los últimos años. No obstante, el terreno estaba preparado para la concordia. Poco antes, Roberto había derrotado a Rollo cuando este intentaba tomar Chartres, una importante ciudad catedralicia situada a unos 90 kilómetros al sudoeste de París. Después, Carlos había entablado contactos diplomáticos. Le ofreció a Rollo la mano de su hija Gisela y los territorios costeros situados al norte si Rollo y sus hombres se comprometían a prestar servicio en el futuro y adoptaban la fe cristiana. Se trataba de una oportunidad excepcional y el caudillo escandinavo aceptó de buen grado. Solo quedaba ratificar el pacto o, al menos, eso es lo que parecía.

Se dice que cuando las fuerzas militares convergieron en Saint-Clair-sur-Epte, Rollo envió al arzobispo de Ruan con un mensaje para el rey francés. El arzobispo le explicó a Carlos que Rollo y sus hombres ya no iban a aceptar solo las tierras que les habían asignado originalmente (las situadas entre el Andelle y el mar) y que exigían todo el territorio situado entre el Epte y la costa, una franja unos cincuenta kilómetros más ancha. Sin em-

bargo, lo que tratándose de cualquier otra persona habría sido puro descaro, se toleraba a regañadientes cuando se trataba del poderoso Rollo. Roberto de Neustria, que estaba dispuesto a ejercer de padrino del caudillo vikingo, advirtió a Carlos de que no conseguiría el vasallaje de un guerrero tan importante sin hacer concesiones y el rey fue reculando paulatinamente. Primero intentó ofrecer a Rollo Flandes y Bretaña en su lugar, pero Rollo se mantuvo en sus trece. Al final, Carlos transigió y Rollo consiguió todas las tierras situadas entre el Epte y el mar.

Por fin, Rollo estaba listo para someterse. Colocó en público sus manos entre las del rey en un acto ritual de encomio (u homenaje, como se conocería más tarde). Ninguno de los antepasados de Rollo había estado dispuesto a someterse a otro de esta manera, pero ninguno de ellos había tenido a su alcance tan valiosas recompensas. No obstante, Rollo no perdió su orgullo. Se negó a besar los pies del rey en señal de gratitud, como era la costumbre, y envió a uno de sus hombres a hacerlo. Sin embargo, este tampoco estaba dispuesto a ir tan lejos. En lugar de arrodillarse para besar los pies del monarca, como cabía esperar, el audaz vikingo alzó la pierna de Carlos sin contemplaciones hasta su propia cabeza y el rey acabó rodando por el suelo. La superioridad de Rollo y sus hombres frente a sus homólogos franceses difícilmente podría haber sido más evidente.

O eso es lo que quiere hacernos creer Dudon de Saint-Quentin, nuestro principal cronista de los primeros asentamientos normandos.<sup>1</sup> El problema es que Dudon escribió su obra cuando ya habían transcurrido más de noventa años desde estos acontecimientos (concluyó su *Historia* a mediados de la década de 1010) y muchas veces es imposible saber dónde termina la realidad y donde comienza la fértil imaginación del autor. Por poner solo dos ejemplos, Dudon llama al arzobispo de Ruan Franco, mientras que en el momento del asentamiento de Rollo el arzobispo no era Franco, sino un hombre llamado Guy; y Gisela, si es que alguna vez existió, no podía tener más de tres o cuatro años. Ni siquiera es seguro que el acuerdo se concertara en St-Clair-sur-

Epte. El Epte era la última frontera entre Normandía y Francia, y la autoridad ducal normanda no se extendió a esta zona probablemente hasta los años treinta del siglo x. En St-Clair se celebró un importante encuentro entre el nieto de Rollo y el rey francés en 942. Puede que Dudon simplemente se hubiera inspirado en este para su crónica.<sup>2</sup>

Por desgracia para nosotros, Dudon es prácticamente todo lo que tenemos. Es evidente que se alcanzó algún tipo de acuerdo con los vikingos en esa época, pero es difícil saber algo más. La falta de interés contemporáneo por el temprano acuerdo vikingo es comprensible. A pesar de las afirmaciones de Dudon, el pacto de St-Clair no fue nada especial. Los vikingos (o nórdicos) habían irrumpido en escena a finales del siglo VIII, cuando emprendieron una serie de incursiones relámpago a las expuestas costas de Europa occidental. Sigue siendo objeto de debate qué fue lo que los inspiró a ir en busca de fortuna allende los mares, pero es indudable que había varios incentivos. Se estaban creando reinos nuevos dentro de Escandinavia, lo que provocó el descontento de un grupo de jefezuelos (y sus hombres), que habían salido perdiendo. Las crecientes capacidades marítimas también hacían que las operaciones en el exterior fueran más fáciles que nunca. A ello se sumaba la inestabilidad política en muchas zonas de Europa (especialmente en las Islas Británicas). Las incursiones, cada vez más intensas, comenzaron en la segunda mitad del siglo VIII (quizá ya en los años sesenta o setenta del siglo VIII) y acabaron culminando en la conquista de grandes zonas de la Europa continental y las Islas Británicas.<sup>3</sup>

En vista de las circunstancias, no es de extrañar que los gobernantes de Europa occidental empezaran a reclutar vikingos para sus propios ejércitos. Con ello no solo eliminaban una posible amenaza, sino que con frecuencia se convertían en la mejor línea defensiva; se trataba de poner a un ladrón para atrapar a un ladrón. Sin embargo, los nórdicos no solo querían ganar dinero fácil y no tardó en volverse una práctica habitual ofrecer tierras a cambio de un servicio más amplio. Una táctica particularmente

popular era asentar grupos de vikingos en las comarcas costeras y dejar que las defendieran de sus propios compatriotas.<sup>4</sup> Así fue como se concedieron en repetidas ocasiones partes de Flandes y es posible que se basaran en esta tradición los intentos de Carlos de endosar a Rollo la región.

El propio Rollo podría haber llegado de Noruega e iniciado su carrera formando parte del «gran ejército vikingo» que conquistó amplias zonas de Inglaterra en los años sesenta y setenta del siglo IX. Es probable que no participara en las primeras etapas de estas conquistas, pero está claro que ya se había incorporado a este ejército cuando este se desplazó de Inglaterra al norte de Francia a principios de los años ochenta y estuvo presente en 885 y 886, durante el famoso asedio de París. Mientras la futura capital de Francia resistía, miembros del ejército procedieron a invadir gran parte de Bretaña y el norte del Sena. Y Rollo fue uno de los cabecillas que optó por el Sena.

Al no disponer de fuentes más detalladas, resulta difícil conocer la naturaleza exacta de las actividades de Rollo durante esos años. Los arqueólogos suelen sentirse tentados a asociar los primeros indicios del asentamiento de escandinavos en lo que se convertiría en Normandía con las historias de Dudon sobre las hazañas de Rollo en los años noventa del siglo IX, que ofrecen una descripción pormenorizada del crecimiento temprano del nuevo poder vikingo. No obstante, la narración vívida (pero claramente fantástica) de Dudon se ha de tomar con cautela.<sup>5</sup> Es probable que Rollo y su ejército estuvieran activos y quizá incluso se hubieran asentado en el bajo Sena antes de sellar su pacto con Carlos en torno a 911. Más tarde, en algún momento, estas incursiones se formalizaron mediante un acuerdo con el rey Carlos (tal vez en St-Clair). Las primeras pruebas sólidas de ello no provienen de Dudon, sino de cartas (es decir, documentos jurídicos para otorgar tierras o derechos) promulgadas en nombre del rey Carlos.<sup>6</sup> La primera de ellas, de 905, revela que en ese momento las zonas centrales de lo que se convertiría en Normandía todavía estaban en manos reales, ya que Carlos concedió

once siervos en Pitres (al sur de Ruan) a su canciller, un hombre llamado Ernustus. Sin embargo, hay indicios de que la región ya estaba sometida a presión. Otra carta del año siguiente documenta que los monjes de Saint-Marcoulf, en el oeste de lo que sería Normandía, habían trasladado las reliquias de su santo patrón Marculfo a Corbény (al norte de Reims) por culpa de los ataques de los paganos (es decir, los vikingos). Es evidente que los hombres del norte estaban haciendo notar su presencia y es probable que Rollo y sus socios figuraran entre ellos. No obstante, la situación distaba mucho de ser catastrófica, ya que la carta también menciona la posibilidad de que Marculfo regresara.

El documento más importante es una carta fechada en marzo de 918 a favor del monasterio parisino de Saint-Germain-des-Prés en la que se menciona el pacto de Rollo con el rey Carlos. Esta concede a Saint-Germain las tierras de una comunidad religiosa más pequeña, la de La Croix-Saint-Ouen, situada en el Eure, en la actual La Croix-Saint-Leufroy, a 43 kilómetros al sur de Ruan. La razón era que La Croix, al igual que Saint-Marcoulf, había sufrido a manos de sus vecinos vikingos (la carta menciona de forma dramática la «ferocidad de los paganos»), hasta el punto de que su situación era insostenible, por lo que se asignaban sus propiedades a la abadía de Saint-Germain, que estaba lejos del peligro en París. No obstante, se hace una importante salvedad. El rey Carlos no concede todas las tierras de La Croix al monasterio parisino, sino solo las que no están situadas en «esa parte de las posesiones de la abadía que concedimos a los nórdicos del Sena, a saber, Rollo y sus seguidores, para la protección del reino». Es evidente que la presencia vikinga ya estaba arraigada en el bajo Sena y el decreto real no se aplicaba a sus dominios.

Para principios del año 918 ya se había cedido una parte importante de lo que se convertiría en Normandía a Rollo y sus hombres. Aunque según Dudon el rey y su principal magnate, Roberto de Neustria, obraban en perfecta armonía, es casi seguro que la realidad fue más complicada. Dudon escribió en un momento en el que los descendientes de Roberto habían adqui-

rido estatus real con el apoyo de los herederos de Rollo, que los habían respaldado en repetidas ocasiones en las disputas entre facciones de esos años. A Dudon le resultaba conveniente pretender que las familias habían sido aliadas desde el principio. En realidad, en aquel momento el asentamiento de Rollo perjudicó al duque Roberto. Durante más de medio siglo, Roberto y su familia habían dominado la marca de Neustria, una gran región del noroeste de Francia. Los territorios entregados a Rollo pertenecían a esta y cuesta creer que el duque estuviera contento y mucho menos que fuera él quien convenció al rey para que le concediera las tierras (como quiere hacernos creer Dudon). La carta de La Croix lo confirma. Las abadías de La Croix y Saint-Germain estaban bajo control de Roberto, y toda la transacción fue una medida para limitar el daño causado al duque, concediendo las posesiones de una abadía desprotegida a otra más segura.

Desde el punto de vista político, el pacto de Carlos con Rollo fue un éxito. Los hombres del norte de Rollo no solo demostraron ser eficaces a la hora de disuadir a otros grupos de vikingos, sino que también fueron unos acérrimos aliados en la política interna de la Francia del siglo x. La mayor amenaza para Carlos era el duque Roberto, cuyo hermano mayor había sido brevemente rey en los años noventa del siglo ix, y por eso permitió a Rollo y a sus hombres asentarse en las tierras de Roberto. Estos continuarían ayudando a Carlos en el futuro. A finales de 922 y principios de 923 se produjo un acontecimiento decisivo: Roberto se rebeló y reclamó la corona. Y aunque murió en la batalla de Soissons en 923, su bando se impuso y acabó capturando a Carlos. Como resultado de ello, el yerno de Roberto, el duque Raúl de Borgoña, heredó el trono de Francia. Fue en este momento cuando Carlos pidió ayuda a sus aliados vikingos. Rollo empuñó gustoso las armas en nombre del monarca depuesto, pero la estrategia de Carlos fracasó, ya que Rollo fue incapaz de liberarlo y su intervención enturbió aún más la relación del rey con sus súbditos franceses. Los pactos con los vikingos paganos eran impo-

pulares en el mejor de los casos y los daños causados por Rollo y sus hombres perduraban en la memoria.

Sin embargo, aunque Carlos cosechó pocos beneficios inmediatos, Rollo pudo sacar provecho de la confusión resultante. La fuente principal aquí son los *Annales* de Flodoardo, un registro contemporáneo de la cercana Reims. En ellos se habla de Rollo como «príncipe de los hombres del norte» (*princeps Nordmannorum*), en alusión al pacto anterior que había sellado con Carlos, un acuerdo que los adversarios del rey afirmaban (bastante tendenciosamente) que Rollo había roto al acudir en ayuda de Carlos, ya que se había hecho en contra de los deseos del nuevo rey Raúl. Se trata de una clara referencia al acuerdo original de Rollo de alrededor de 911, mencionado tanto en la carta de 918 como en la crónica de Dudon. No obstante, no solo fue la lealtad lo que impulsó a Rollo y sus hombres, ya que Flodoardo también afirma que Carlos prometió a Rollo «un soplo de tierra», un giro que probablemente hace referencia a una ampliación del acuerdo original. Cuando Raúl selló posteriormente la paz con Rollo en 924, tuvo que sobornarlo con Maine y el Bessin al oeste.<sup>7</sup>

En los años siguientes hubo una mayor expansión de la nueva política vikinga en el Sena. Rollo fue derrotado por los aliados de Raúl en 925, pero en 933 su hijo Guillermo «Larga Espada» estuvo en condiciones de exigir nuevas concesiones. A cambio de la sumisión de Guillermo, Raúl concedió al duque normando el este de Bretaña oriental (al parecer, el Cotentin y Avranchin). De forma lenta pero segura, el territorio ocupado por los hombres del norte del Sena comenzaba a adquirir las dimensiones del futuro ducado de Normandía. Poco a poco, los nórdicos paganos se estaban convirtiendo en normandos cristianos. Sin embargo, aún tendría que transcurrir otro medio siglo de esfuerzo y sudor para que el proceso se completara.

Aunque las informaciones de Flodoardo y las cartas de Carlos confirman lo esencial de la crónica de Dudon, también ponen de relieve sus problemas. Según Dudon, el ducado de Normandía surgió como Atenea, completamente formado, de las cabezas de

Rollo y Carlos. Sin embargo, el asentamiento inicial era mucho más pequeño de lo que Dudon quiere hacernos creer y solo alcanzó su dimensión total en los años treinta del siglo X, como muy pronto. En su *Historia Remensis Ecclesiae*, Flodoardo (un observador contemporáneo con pocas razones para tergiversar sobre esto) cuenta que la concesión inicial se refería solo a Ruan y los *pagi* (un *pagus* era un distrito administrativo local francés) en la costa norte y alrededor de la ciudad (Talou, Caux, Roumois y partes del Vexin y Evreux). Esto concuerda con otras pruebas que sugieren que el ducado fue creciendo lentamente hacia afuera desde Ruan y sus alrededores.<sup>8</sup>

Estas fuentes pueden arrojar luz sobre temas que no aborda Dudon, pero contribuyen poco a revelar la cruda realidad de los primeros asentamientos. Es aquí donde el estudio de los nombres de los lugares (la toponimia) resulta muy útil. La gente tiende a referirse a los nuevos asentamientos y a las características del paisaje en su lengua natal, y trazar la presencia de formas y nombres escandinavos es un medio útil de evaluar la naturaleza de la presencia nórdica temprana. Es posible identificar un número significativo de topónimos de derivación escandinava en lo que se convertiría en Normandía, a diferencia de en las demás regiones del norte de Francia. Y se concentran a lo largo de la costa, precisamente en aquellas regiones entre el Sena y Bresle que, según Flodoardo, comprendían el asentamiento inicial de Rollo. La mayoría de los nombres en cuestión consisten en un nombre personal nórdico y un sufijo francés (p. ej., Toqueville, «La *ville* de Toki»), o en la adición de un sufijo escandinavo como -tot («propiedad») a un nombre francés o escandinavo (p. ej., Robertot, Hatteintot). Estas formas mixtas sugieren una importante interacción entre los hablantes de francés y de nórdico desde una fecha temprana. Los topónimos terminados en -tuit o -thuit, del nórdico antiguo tala (*tveit*), indican que al menos algunos de los colonos eran (o llegarían a ser) agricultores, que comenzaron a labrar tierras nuevas para sí mismos. Puede que incluso algunos topónimos sean anglo-escandinavos, es decir, los acuñaran vikin-

gos que habían vivido anteriormente en Inglaterra. Y la presencia de nombres personales celtas también podría apuntar a elementos tomados de otras partes de las Islas Británicas (tal vez Man o las islas escocesas). Esta influencia lingüística se extiende al dialecto normando del francés, que conserva una serie de préstamos del nórdico antiguo, sobre todo términos para denominar actividades marítimas.

Todo ello constituye una prueba de la considerable presencia del habla nórdica desde una fecha temprana y de que el bilingüismo era frecuente. El francés no tardaría en convertirse en la lengua dominante (aunque perdurarían unos pocos nombres y términos técnicos nórdicos fosilizados).<sup>9</sup> Es evidente que hubo un contacto temprano entre los hablantes de francés y de nórdico. Pero pese al número relativamente elevado de topónimos escandinavos (comparable a lo que se puede apreciar en partes del norte y el este de Inglaterra), los préstamos en el dialecto normando local del francés siguen siendo mucho menos frecuentes que en inglés. Aquí debemos tener en cuenta que el inglés antiguo era mucho más cercano al nórdico de los colonos, una situación que habría alentado la interacción lingüística.<sup>10</sup> En cambio, el francés antiguo y el nórdico antiguo no eran comprensibles entre sí, por lo que es probable que el contacto se limitara al préstamo de términos técnicos y nombres de asentamientos.

Aunque los topónimos no son una guía segura del número de colonos, sí dan al traste con la idea de que la influencia escandinava fue superficial o efímera. Rara vez surgen nuevos nombres de asentamientos si no existe un número significativo de hablantes nativos. Y la naturaleza y la difusión de estos nombres indican que entre los colonos había agricultores y artesanos, además de guerreros y aristócratas. Dicho esto, es poco probable que los hablantes de nórdico antiguo fueran una mayoría, excepto en algunos enclaves pequeños. Y junto a las señales de cambio se han de analizar las pruebas significativas de continuidad administrativa. Los sistemas de gobierno de los francos sobrevivieron en gran parte intactos en Normandía, y Rollo y sus herederos desempeña-

ron un papel muy similar al del los condes y duques de las regiones vecinas. Hay señales de una perturbación algo mayor de las estructuras de la Iglesia, como cabría esperar de la llegada de piratas paganos, pero incluso en este caso hay indicios de continuidad y vitalidad. El arzobispo de Ruan desempeñó un papel especialmente importante. Dudon atribuye a Franco un papel central en el asentamiento original. Y aunque es evidente que confundió el nombre del arzobispo, es significativo que el territorio de lo que se convertiría en Normandía corresponda casi directamente con la provincia eclesiástica de Ruan. Los contemporáneos eran muy conscientes de ello y, a mediados de los años noventa del siglo x, Richer de Reims equipara la provincia (eclesiástica) de Ruan con la región del asentamiento vikingo.<sup>11</sup>

Por desgracia, poco se sabe de la mecánica del asentamiento y la aculturación. Sin duda, la conversión a la fe cristiana habría sido una parte importante del proceso. Dudon dice que Rollo fue bautizado en St-Clair-sur-Epte y que Roberto de Neustria fue el padrino. Los términos de este relato evocan claramente la conversión anterior del emperador romano Constantino el Grande (m. 337). Sin embargo, aunque podemos dudar de Dudon en cuanto a los detalles, hay muchas razones para creer que la conversión habría formado parte del trato. El bautismo había sido durante mucho tiempo un requisito para incorporarse al servicio real en Francia y Flodoardo informa igualmente de que a Rollo y a sus hombres les habían concedido tierras para que «cultivaran la fe [cristiana] y mantuvieran la paz».<sup>12</sup>

No obstante, el bautismo por sí solo no es garantía de una conducta cristiana. Cabe imaginar que tuvo que pasar al menos una generación o dos para que el proceso de adoptar las costumbres cristianas se completara. Allí donde los obispos locales mantuvieron sus cargos, desempeñaron un papel esencial en la promoción de la nueva fe. Dos actores clave fueron Guido de Ruan (arzobispo de Ruan en el momento del asentamiento de Rollo) y Heriveo (o Hervey) de Reims. Flodoardo cuenta que este último había «trabajado incesantemente para aplacar y convertir a los

hombres del norte, hasta que finalmente comenzaron a aceptar la fe tras la batalla que el conde Roberto [de Neustria] libró contra ellos en Chartres». <sup>13</sup> Se trata, sin duda, de una referencia a las circunstancias que rodearon el asentamiento original. Y Flodardo debe el conocimiento de estos detalles a una colección de veintitrés declaraciones autorizadas (*capitula* en latín) sobre el tema de la conversión y la fe, extraídas de los escritos de los Padres de la Iglesia. La había elaborado Heriveo como respuesta a una petición del arzobispo Guido, quien, evidentemente, estaba al frente de esta tarea. Juntas, constituyen una especie de manual misionero. Una de las principales preocupaciones de Heriveo eran aquellas personas que habían sido bautizadas, pero volvían a sus costumbres paganas. La apostasía (abandono de la fe) era un problema común dentro del ámbito misionero. <sup>14</sup>

Sin embargo, todo indica que la mayoría de los que se asentaron con Rollo adoptaron la fe cristiana con suficiente rapidez. No hay indicios de enterramientos escandinavos claramente paganos en Normandía, como sí se aprecia en otras partes de Europa en esos años. Tampoco hay ejemplos de esculturas o trabajos de orfebrería que invoquen deidades nórdicas, como era habitual en grandes franjas del norte y el este de Inglaterra. A la hora de ganarse los corazones y las mentes, la integración social entre los recién llegados y los francos/franceses cristianos debió ser tan importante como la Iglesia institucional. El imaginativo relato de Dudon podría ser de más ayuda. Según este, durante sus primeros ataques Rollo se llevó a una muchacha local llamada Poppa, con la que después se casó y quien más tarde dio a luz a Guillermo, el eventual sucesor de Rollo. Suena a leyenda y, como en el caso del enlace posterior de Rollo con Gisela, hay buenas razones para dudar de su veracidad histórica. No obstante, es perfectamente factible que la primera esposa de Rollo fuera francesa, ya que Guillermo es un nombre francés. Es evidente que Rollo no debió ser el único en tomar una esposa nativa. Aunque es posible que algunos de los recién llegados se hubieran llevado consigo a sus mujeres e hijos, los hombres habrían superado a las

mujeres en número y los matrimonios mixtos debían ser frecuentes. Dado que las madres desempeñan un papel especialmente importante en el aprendizaje del lenguaje, estas habrían sido un poderoso motor de integración, asegurando que la segunda generación de escandinavos del valle del Sena fuera en su mayoría francófona.<sup>15</sup> Puede que Rollo hubiese sido poco más que un pirata pagano, pero su hijo Guillermo tenía todos los atributos de un noble francés: era piadoso, cristiano y, lo más importante, francófono.

El grado de integración de los hijos de Rollo en la sociedad francesa es evidente en sus matrimonios. Su hijo Guillermo se casó con Luitgarda (o Leyarda), la hija de Herberto II de Vermandois, el magnate más poderoso del norte de Francia en los años veinte del siglo X (y vecino inmediato de Guillermo al este), mientras que su hija Gerloc se casó con Guillermo «Cabeza de Estopa» (III) de Poitiers y Aquitania, el personaje más importante del sudoeste, y adoptó el nombre francés de Adela. Su visión religiosa y cultural, plenamente francesa, queda atestiguada en el canto fúnebre poético (*Planctus*) compuesto tras la muerte de Guillermo, al parecer a instancias de Adèle (Adela). Está escrito en verso en latín y se dirige a ellos en los mismos términos que a cualquier otro miembro de la aristocracia francesa local.<sup>16</sup>

Eso no significa que los hombres de Rollo se olvidaran por completo de sus orígenes. Como revelan el relato de Dudon y las continuaciones de Guillermo de Jumièges y otros en los siglos XI y XII, los que se convertirían en normandos siguieron estando orgullosos de su linaje pagano durante siglos, aunque se narrara en prosa y verso en francés o latín. Tampoco interrumpieron el contacto con Escandinavia, como se desprende de las sucesivas oleadas de asentamientos. El catalizador de estas fue la primera crisis importante del poder ducal, causada por la muerte de Guillermo en 942. Guillermo no tuvo hijos con Liutgarda y Ricardo, su hijo de un enlace anterior con una noble bretona, no tenía más de diez años en ese momento.

Hay indicios de que en los años siguientes el ducado se estaba desmoronando. Llegaron nuevos grupos de vikingos, atraídos

por las posibilidades de saquear y asentarse, y se consolidaron nuevas personalidades dentro del territorio de Guillermo, sobre todo el caudillo Haroldo en y alrededor de Bayeux. Las divisiones que surgieron fueron en parte de carácter religioso. Algunos hombres del norte habían abandonado recientemente la fe cristiana (tal como Heriveo había temido que sucedería), convocando a aliados del extranjero, mientras que otros mantuvieron su compromiso con la corte ducal y la integración en la sociedad franca.

Los primeros asentamientos vikingos en Bretaña y el Loira se habían extinguido después de una generación o dos; la historia parecía repetirse en el Sena. Esta inestabilidad política también sirvió para atraer a los gobernantes franceses vecinos. Tanto el rey Luis IV, hijo de Carlos el Simple, como el duque Hugo «el Grande», hijo de Roberto de Neustria, intentaron aprovecharse de la debilidad de Ricardo. Roberto se aseguró gran parte del territorio occidental adquirido por Rollo y Guillermo, y solo levantó el prometedor sitio de Bayeux por orden real. Luis, por su parte, logró imponer el control real en el este hasta Ruan, el centro principal del poder y la autoridad de Ricardo.

Solo una pequeña parte de los nórdicos locales seguía rindiendo cuentas ante Ricardo, que era demasiado joven para desempeñar un papel activo en los acontecimientos. Sin embargo, justo cuando todo parecía perdido, una combinación típicamente normanda de suerte y heroicidad salvó a Ricardo y a sus hombres. Las relaciones entre Luis y Hugo habían sido siempre tensas, y poco después de que el rey insistiera en que Hugo levantara el sitio de Bayeux, estas se rompieron irreparablemente, lo que permitió a Ricardo y sus asesores formar una alianza con el duque agraviado. También entablaron relaciones amistosas con Haroldo de Bayeux. Este último movimiento resultó crucial, ya que el propio Luis fue capturado por los hombres de Haroldo durante los conflictos de 945, lo que puso fin a los planes del rey de expandirse hacia el norte. Luis fue entregado al duque Hugo, quien se convirtió en el poder detrás del trono

francés. Una vez desaparecido el peligro inmediato, Ricardo y sus asesores pudieron centrarse en la reconstrucción del poder y la autoridad ducal.<sup>17</sup> Habían estado a punto de no lograrlo, pero los descendientes de Rollo tuvieron éxito donde otros vikingos habían fracasado. ¿Cómo ejercerían ahora su nuevo poder e influencia?